

## Viaje a la esencia de Rumanía

Era julio de 2024, y el calor malagueño ya empezaba a hacerse sentir. Alba, mi vieja amiga de la infancia, y yo nos encontramos en el aeropuerto de Málaga, listas para una aventura que habíamos soñado durante meses: un viaje de cinco días por la mítica y encantadora Rumanía. Teníamos una ruta ambiciosa, pero el entusiasmo por descubrir un país lleno de historia, paisajes deslumbrantes y un folklore vibrante, nos impulsaba a no dejar ningún rincón sin explorar.

Nuestro vuelo salió temprano. Mientras el avión despegaba, sentimos la emoción de quien está a punto de zambullirse en lo desconocido, como si estuviéramos por vivir un cuento lleno de castillos, montañas y misterios. Rumanía nos llamaba, y estábamos listas para responder.

Aterrizamos en Bucarest a media mañana, y desde el primer momento, la ciudad nos sorprendió. Un aire de nostalgia flotaba entre sus avenidas amplias y edificios monumentales. Nuestro primer destino fue el famoso Palacio del Parlamento, un mastodonte de arquitectura, el segundo edificio administrativo más grande del mundo, solo superado por el Pentágono.



Nos impresionó no solo su tamaño, sino la historia que lo envolvía, ligada a la época comunista bajo Ceaușescu. La opulencia de sus salones y corredores parecía un contraste extremo con el sufrimiento del pueblo durante esos tiempos.

Caminamos luego por el Casco Antiguo, donde las calles adoquinadas y las fachadas de colores pastel nos transportaron a una época más romántica. Almorzamos en un restaurante local, donde probamos el famoso sarmale, rollitos de repollo rellenos de carne, acompañados de mămăligă, una especie de polenta que se derretía en la boca. Alba y yo comentamos que los sabores de la cocina rumana eran reconfortantes, como si la calidez del hogar se hubiese transformado en comida.

Con el sol del verano empezando a bajar, nos dirigimos al Parque Herăstrău. El lago, los árboles centenarios y los paseos tranquilos nos ofrecieron un respiro del bullicio de la ciudad. Al caer la tarde, fuimos a un café cercano para relajarnos, mientras escuchábamos una mezcla de sonidos rumanos modernos y tradicionales. Bucarest nos había cautivado, pero sabíamos que esto era solo el comienzo.

El segundo día comenzaba con el viaje en tren a Sibiu, un trayecto de cuatro horas que nos permitió adentrarnos en el corazón de Rumanía. A través de la ventana, los paisajes cambiaban: extensas llanuras se convertían en colinas ondulantes y, más adelante, montañas que anunciaban los Cárpatos. Los campos de girasoles parecían interminables, y los pueblos pintorescos con sus casas de techos rojos nos daban un adelanto del encanto rural que nos esperaba.

Al llegar a Sibiu, el contraste con Bucarest era evidente. Esta pequeña ciudad, que fue Capital Europea de la Cultura en 2007, es un remanso de tranquilidad y belleza medieval. El Puente de las Mentiras, con su leyenda de traiciones y secretos, fue uno de los primeros sitios que visitamos. Pasear por la Plaza Grande y la Plaza Pequeña nos permitió admirar los techos inclinados con sus "ojos" característicos, pequeñas ventanas que parecían observarnos desde lo alto.



El almuerzo lo hicimos en un restaurante de la plaza, donde degustamos ciorbă de burtă, una sopa de callos ácida y deliciosa que, a pesar de nuestras dudas iniciales, nos encantó. La gente de Sibiu era amable y reservada, pero siempre dispuesta a ayudarnos con una sonrisa.

En la tarde, subimos a la Torre del Consejo para obtener una vista

panorámica de la ciudad y sus alrededores. Desde allí, los techos de tejas rojas se extendían hasta donde la vista alcanzaba, mientras las montañas Făgăraș se erguían majestuosas en la distancia. La puesta de sol tiñó el cielo de naranja y rosado, y entendimos por qué Sibiu era considerada una de las ciudades más bellas de Rumanía.

Al tercer día, nos despedimos de Sibiu y tomamos un autobús hacia Alba Iulia, una ciudad que respira historia en cada rincón. El centro de atención aquí es la Ciudadela Alba Carolina, una fortaleza en forma de estrella que ha sido testigo de momentos cruciales en la historia rumana. Caminar por sus murallas y atravesar sus puertas nos hizo retroceder en el tiempo, recordando la unificación de Rumanía y su lucha por la independencia.

El silencio dentro de la fortaleza era casi sagrado. Pasamos por la Catedral de la Reunificación, un imponente edificio ortodoxo que simboliza el espíritu de la nación. Alba y yo, en un momento de reflexión, conversamos sobre el valor de la independencia y la identidad, temas que parecían resonar en los muros de la ciudad.

Por la tarde, continuamos nuestro viaje hacia Târgu Mureș, una ciudad menos conocida, pero que nos sorprendió por su belleza y tranquilidad. Visitamos el Palacio de la Cultura, una verdadera joya arquitectónica. Sus vitrales nos cautivaron, con escenas que parecían salidas de cuentos medievales.

La cena fue en un restaurante tradicional, donde probamos mititei, pequeños rollos de carne condimentada, acompañados de mostaza y pan fresco. El ambiente era relajado, y la noche transcurrió con calma, dejándonos descansar antes de lo que nos esperaba al día siguiente.

El cuarto día nos llevó a Cluj-Napoca, una vibrante ciudad universitaria. Aunque el tiempo allí fue breve, pudimos visitar la Plaza Unirii, con su imponente Iglesia de San Miguel y la estatua de Matías Corvino, un símbolo de la historia húngara en la región de Transilvania. El dinamismo de la ciudad se respiraba en cada esquina, con jóvenes paseando por sus parques y cafés.

Nuestro destino principal ese día era Sighișoara, la ciudad natal de Vlad el Empalador, el personaje histórico que inspiró la leyenda de Drácula. La ciudadela de Sighișoara es uno de los centros medievales mejor conservados de Europa, y pasear por sus calles adoquinadas fue como entrar en una novela gótica. Visitamos la Torre del Reloj y, desde su cima, admiramos las vistas de los tejados y los paisajes verdes que rodeaban la ciudad.

Por la tarde, Alba y yo exploramos la casa donde, según la tradición, nació Vlad el Empalador. Mientras recorríamos las salas, no pudimos evitar hablar de cómo la figura de Drácula, aunque ficticia, había dado fama a Rumanía, generando una mezcla de fascinación y temor en quienes escuchaban sus leyendas.

El último día de nuestro viaje empezó en Brașov, una ciudad rodeada por los Cárpatos. Caminamos por la Calle Republicii, llena de tiendas y cafés, y llegamos a



la imponente Iglesia Negra, una construcción gótica que impresiona por su tamaño y austeridad. Braşov tenía una energía particular, una mezcla entre la tranquilidad de la montaña y la vida activa de una ciudad moderna.



Después, nos dirigimos al famoso Castillo de Bran,  
más conocido como el



"Castillo de Drácula". Aunque la relación entre Vlad el Empalador y este castillo es tenue, la atmósfera que lo rodeaba era innegablemente mística. Las torres puntiagudas y los pasadizos oscuros evocaban una sensación de misterio, como si la leyenda del vampiro pudiera cobrar vida en cualquier momento.

Finalmente, cerramos nuestra aventura con una visita al Castillo de Peles, en Sinaia. Este castillo de estilo neorrenacentista es uno de los más bellos de Europa.





A diferencia del aura tenebrosa de Bran, el Castillo de Peles parecía salido de un cuento de hadas. Los interiores eran lujosos, llenos de detalles en madera tallada, cristal y mármol, y las montañas que lo rodeaban creaban un escenario de ensueño.

Esa noche, mientras cenábamos en un restaurante de Sinaia, degustando un succulento papanași, un postre típico a base de donuts y crema agria con m e r m e l a d a , reflexionamos sobre los últimos cinco días.

Habíamos recorrido castillos, montañas, y ciudades, sumergiéndonos en la rica cultura de Rumanía. Pero más allá de los monumentos y los paisajes, lo que realmente se quedó con nosotras fue la calidez de su gente y las historias transmitidas a través de generaciones.